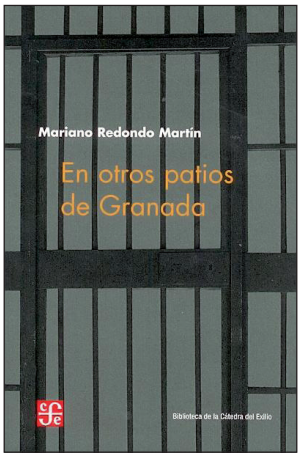
Mariano Redondo Martín
En otros patios de Granada
Fondo de Cultura Económica, Madrid, 2010, 265 págs.

Claudio Hernández Burgos



«Un preso puede hacer poco, pero su mente es libre». Estas palabras aparecen en los escritos de Mariano Redondo copiadas de un libro que leyó cuando estaba en la Prisión de Baza. Efectivamente, el pensamiento del autor logró zafarse de los grilletes impuestos por la maquinaria represiva del régimen. Pero en numerosos casos, el franquismo no sólo apresó cuerpos tras los barrotes de sus cárceles, sino que también encerró ideas para siempre. Al menos eso podemos deducir del estremecedor testimonio del autor durante su estancia en las prisiones de Baza y Granada. Mariano Redondo era hijo de Cayetano Redondo Aceña, alcalde socialista de Madrid durante la Guerra Civil fusilado por el régimen franquista en 1940. Al igual que su padre, formaba parte del PSOE y combatió toda la guerra en el bando republicano. Terminada la contienda, su intento de huida a través de Gibraltar dio con sus huesos en el universo penitenciario franquista, del que lograría escapar en 1943.

La obra es un testimonio en primera persona de los avatares sufridos por Mariano Redondo en prisión. Quizás, se echa en falta que la introducción realizada por González Cárceles y Martín Nájera añada al excelente perfil biográfico del autor, un estudio más profundo sobre la significación del sistema represivo franquista y el papel del mismo en la configuración de las mentalidades, actitudes y comportamientos tanto de los presos como de sus familiares. No obstante, el testimonio resulta lo suficientemente revelador como para forjarse una imagen muy nítida de las dimensiones del sistema penitenciario del régimen de Franco.

El final de la Guerra Civil en 1939 hizo que todo el peso de la victoria cayese sobre quienes habían perdido la guerra. A partir de entonces, para los vencidos comenzaba una auténtica pesadilla. A la derrota de las armas había de unirse su derrota moral, la persecución, la expropiación de bienes, la humillación o la depuración profesional. Los escritos de Mariano Redondo ponen de relieve una de las caras más amargas del poliédrico fenómeno de la represión: la vida en las cárceles de Franco. En ellos, el autor nos dibuja la

existencia de un mundo aparte, al margen de una sociedad paralizada que trata de sobrevivir al miedo y a la miseria. Terror y hambre son precisamente los dos vectores en torno a los que pivotó la vida de los reos franquistas.

De una parte, la pluma de Mariano Redondo denota una situación de inseguridad y miedo permanente. Sus palabras reflejan las terribles sacas que acabaron con la vida de cientos de «enemigos de España» en los años posteriores a la llegada de la «paz». El impactante relato de las mismas nos describe un ritual de violencia completamente planificado. Las ejecuciones van precedidas de la apertura de los rastrillos que conectan las diferentes zonas de la prisión entre sí, permitiendo la entrada de los camiones; de los pasos de los oficiales, contabilizados en las mentes de los reclusos; y de las horas previas en la capilla para congraciarse con Dios antes de su trágico destino. Etapas de un ritual que, sin embargo, han tenido sus prolegómenos en las palizas indiscriminadas que les han propinado sus sádicos guardianes los cuales, en su mayoría, eran damnificados por el «terror rojo» que ahora tenían la oportunidad de vengarse.

Del otro lado, sus escritos a las regiones más recónditas de la miseria de la posguerra. El hambre, las enfermedades, las malas condiciones higiénicas y las necesidades que sufrían los vencidos en la sociedad de los años 40, se acrecentaban terriblemente en el interior de los muros de los penales del régimen. Mariano Redondo describe detalladamente las condiciones de hacinamiento en las que debían desenvolverse y la insalubridad de las celdas generadoras de un caldo de cultivo idóneo para la propagación de enfermedades que llevaron a la tumba a no pocos reos. A ello, hemos de añadirle el papel jugado por el hambre. Redondo nos describe esperpénticas escenas en la que sus compañeros de fatigas se alimentan de ratas, donde un hueso de pollo desencadena un «terrible forcejeo de hasta 20 hombres» y en las que el hambre se muestra como un mecanismo más de limpieza política de los «rojos». Se trata de episodios, observados con jactancia por parte de los carceleros que cumplían perfectamente su función de vigilar y castigar, olvidando el perdón cristiano que predicaban. Unos comportamientos que nos ponen de relieve la participación de una parte de la sociedad en la represión de los vencidos. Delatores, intermediarios, directores y verdugos no eran sino españoles corrientes que consideraban justo el castigo de estos «malos españoles».

Pero la obra de Redondo nos narra también historias de resistencia a su conversión al franquismo. Nos relata los gestos heroicos de personas que sabiéndose cadáveres no dudan en dar unos últimos vítores a la República antes de su fatídico final, individuos que se burlan del adoctrinamiento político del que el régimen se vale para tratar de convertir a los reclusos en «buenos españoles» y que rechazan cualquier enseñanza religiosa, aun conscientes de que con ello podían ver aumentadas sus penurias.

El testimonio de Mariano Redondo es excepcional. Al contrario que él, fueron muchos los que no pudieron vivir para contar su experiencia. El franquismo fracasó en la conversión de la gran mayoría de los reclusos, pero consiguió introducirse bajo su piel, creando en la mayor parte de los casos individuos despolitizados y atenazados por la salvaje experiencia carcelaria que, cuando por fin fueron libres, lo único que deseaban era volver con sus familias y encontrar un trabajo que les permitiera sobrevivir. El régimen logró de este modo su objetivo: prolongar la derrota de los vencidos hasta el fin de sus días.

REVISTA DEL CEHGR • núm. 23 • 2011 • págs. 231-246